

ANIBAL, MAS GRANDE QUE SU PATRIA

GONZALO RESTREPO JARAMILLO



Aníbal es para nosotros el más grande caudillo militar de la historia, no obstante el deslumbramiento que el genio de Alejandro, exaltado por el de la literatura griega, produce en críticos tan objetivos como el General Fuller, que colocan al macedón por encima de todos. Para apreciar la grandeza del general cartaginés basta recordar unos pocos hechos: que luchó contra los mejores soldados de su tiempo y quizás de todos los tiempos; que no heredó la autoridad suprema, ni en realidad la ejerció nunca, sino que tropezó siempre con los obstáculos que le oponía la burocracia envidiosa y plutocrática de su patria; que en potencia general su bando fue siempre inferior al romano; que Roma tuvo la supremacía marítima; que por más de diez años Aníbal mantuvo su ejército en país extranjero, rodeado de enemigos, sin reemplazos oportunos ni licenciamientos metódicos, y a pesar de eso conservó autoridad completa sobre sus huestes y se hizo amar de ellas; que no dispuso de un sistema de plazas fuertes como base de operaciones, exceptuando tal vez un breve período después de Cannas, y aún durante este lapso sus bases fueron escasas e inestables; que obligado a traer refuerzos desde largas distancias o a través de espacios marítimos amenazados por una escuadra superior tuvo al frente un adversario que disponía

de líneas interiores cortas, eficaces, bien abastecidas y soportadas por un pueblo amigo; que todo lo que de él sabemos es precisamente lo escrito por sus mortales enemigos, sin que hubiera contado, como Napoleón en Santa Elena, con cronistas de cabecera que lo amaran. Si a pesar de todo eso, Aníbal aparece como un genio, y si lo que de él sabemos positivamente —sus campañas, sus victorias, su administración de Cartago después de la derrota de Zama—, lo muestran así, es porque indudablemente fue uno de los mayores que haya conocido el mundo.

Pero fue un genio fracasado.

¿Por qué?

Porque fue superior a su patria y precisamente una de las lecciones que nos enseña la historia, es que ningún ejército puede superar a su propio pueblo y que cuando el genio personal de un caudillo lo supera, este acaba por sucumbir en la demanda.

La razón es muy sencilla. Históricamente considerado, el ejército, es decir, la institución completa de las fuerzas armadas es un fenómeno social. Por lo tanto está íntimamente vinculado a la sociedad que lo produce, no puede superarla, ni serle independiente, ni prescindir de ella, ni, por tiempo largo, contrariarla. El ejército es uno de los estratos —no verticales sino horizontales— que forman el cuerpo social, como los magistrados, el clero,

los obreros, los literatos, los industriales, los agricultores. Su promedio de calidad no puede superar la del medio de donde sale. Su capacidad de resistencia, de entusiasmo, de heroísmo son vasos comunicantes con la sociedad y, por lo tanto, tienen su mismo nivel.

Su función es también una función social y para ella está organizado, en cada instante de la historia y en cada lugar de la tierra. En Asiria para conquistar esclavos y posesiones; en Arabia, durante el apogeo del Islam, para extender el dominio político y la fe religiosa; en Media, para defender al Gran Rey y sus sátrapas; en Roma para imponer la voluntad del senado y el pueblo romanos; en Cartago, para proteger, dominar y extender las factorías comerciales. Si la nación, en cada instante de su existencia, es la búsqueda colectiva de ideales comunes, el ejército es sencillamente uno de los instrumentos de esa búsqueda, el más importante en determinados terrenos. En Méjico los militares antepasados de Zapata invadían las tierras vecinas para cautivar las víctimas humanas que el culto salvaje inmataba en los teocalis; siglos más tarde las invadían para imponer la revo-

lución. En ambos casos, el ejército fue el instrumento de acción de la voluntad colectiva. Cuando los descamisados franceses, llevados a las filas por la conscripción universal, desbordaron las fronteras y empezaron con la victoria de Valmy la historia nueva que acabó de escribir Napoleón en Marengo, ese ejército de héroes desarrapados y declamadores, fue simplemente la función social armada de la revolución francesa, y, por lo menos hasta que apareció el genio de Bonaparte, fue superior a sus oficiales, y, a **fortiori**, a los aristocráticos generales muy príncipes y muy duques que venían a combatirlo desde Viena y Berlín

La epopeya terminó en la tarde de Waterloo. Los críticos aducen varias razones, muy sólidas sin duda, para explicar la derrota del Corso. Que el Emperador estaba envejecido, sufría de trastornos gástricos dolorosos y había perdido la rapidez fulminante de sus moceriles años; que Grouchy se equivocó de ruta; que la lluvia estorbó; que la batalla se debería haber empezado al amanecer; que hubo errores tácticos; que la Guardia no se empleó en el momento decisivo y otras más. Pero por encima de todas hay una decisiva para nosotros: el ejército francés había ya cumplido su misión social revolucionaria y para él, Waterloo era una batalla inútil. Con todo y los errores tácticos, y la despistada de Grouchy y los cólicos del Emperador, los franceses habrían triunfado en Waterloo si la batalla en vez de darse en 1815 se hubiera dado en 1792.

Es algo que hace recordar la derrota de Aníbal en Zama.

Tanto los planes estratégicos del cartaginés como sus ejecuciones tácticas fueron obras maestras. Perdida en guerras anteriores la supremacía naval de Cartago, tomar a España como base y emprender por tierra la

GONZALO RESTREPO JARAMILLO

Doctor en Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Antioquia. Miembro correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua y de Número de la Academia Antioqueña de Historia. Ha desempeñado entre otros cargos los siguientes: Presidente de la Cámara, Presidente del Senado, Ministro de Guerra encargado, en dos ocasiones; Ministro de Relaciones Exteriores y Embajador de Colombia en Washington. Fue Profesor de Economía Política en la Universidad de Antioquia, en la Universidad Pontificia Bolivariana y en la Escuela Nacional de Minas de Medellín. Ha publicado varias obras de Filosofía Política y Sociología, la última de las cuales se titula "Peligro en Occidente".

invasión de Italia era plan atrevido pero genial; dejar las legiones romanas desconcertadas en las orillas del Ródano, mientras él se alejaba montaña adentro; cruzar heroicamente los Alpes; aparecer sorprendentemente en el norte de Italia y levantar los pueblos galos, todo esto fue admirable.

En la táctica no solo el doble envolvimiento de Cannas, insuperado en la historia, sino la sorpresa de Trasimeno y los golpes de Trebia y el Tesino fueron asombrosos. Aníbal hizo lo que no logró Roma en todos sus siglos de campañas; combinó admirablemente su caballería y su infantería, tan admirablemente que no se puede afirmar que fuera un general de caballería como Cromwell o de infantería como Wellington o Marlborough. Fue un general completo. Roma fracasó siglos más tarde frente a los arqueros partos, por no haber aprendido las lecciones de Aníbal.

Pero ¿cómo es posible que semejante genio, después del triunfo abrumador de Cannas, sin haber tenido jamás en contra un comandante que le fuese comparable, ni siquiera Scipión Africano, acabara derrotado y fracasado? ¿Por qué después de llenar un saco con los anillos de los caballeros romanos degollados en la horrible carnicería, y cuando la plebe romana se asomaba cada tarde a los acueductos para verlo aparecer montado en su elefante, como nos cuenta Heredia, se detiene a las puertas de la orgullosa urbe y empieza a declinar? ¿Por qué es precisamente su máxima victoria lo que marca el principio de su ocaso?

Porque Aníbal era superior a su patria, y, por lo tanto, al ejército cartaginés, en tanto que Roma y el ejército romano superaban con mucho las huestes enemigas y su república mercantil.

¿Qué fue Cartago?

Pues fue, a pesar de su civilización y su grandeza, una de las combinaciones más extrañas y artificiales que ha conocido el mundo.

Fue una colonia mercantil fenicia engrandecida con el comercio marítimo y la explotación a fondo tanto del Mediterráneo como de las tierras que lo circundan, pero que no poseyó nunca y menos practicó el concepto de imperio nacional, de patria en expansión, de maternidad política. La ciudad creció con la riqueza. El mármol invadió sus recintos, sus próceres aprendieron el griego, cultivaron las artes y las letras, produjeron estirpes espléndidas de conductores y generales. Pero ¿conductores de qué? ¿Generales de qué?

Conductores de la enorme empresa lucrativa que explotaba colonias primero en África y luego en Sicilia y en España, sin agregarlas a la patria, sin darles su cultura y su culto, sus ideales y sus aspiraciones. Todo lo contrario. La norma inquebrantable fue mantener a la colonia como colonia, para que no pudiese disputar la supremacía a Cartago o compartirla. La patria cartaginesa, cuando el dominio cartaginés se extendía hasta las columnas de Hércules, era solamente la ciudad murada y terminaba al pie de las murallas.

¿Generales de qué? De un ejército de mercenarios, sin otro vínculo con Cartago que el de percibir la soldada y que estuvieron a punto de destruir la ciudad por falta de oportuno pago. Había allí nómadas, españoles, baleares, corsos, habitantes de Cerdeña y Sicilia, nómades del Sahara y negros venidos de las profundidades del África. Lo asombroso es que esa mezcla absurda, esa emulsión inestable no se separara desde el principio. Debemos suponer que la cultura superior de Cartago obraba con prestigio místico y que sus mercaderes tuvieron fino

talento administrativo para manejar personal.

Ese ejército y esa factoría fueron las materias primas con que contó Aníbal y fue tal su genio que logró casi lo imposible. Honderos baleares, jinetes nómadas, infantes españoles formaron el cuadro asombroso de sus huestes. Cartagineses nacidos en Cartago fueron pocos, poquísimos los que lucharon y menos aún los que murieron en las campañas del caudillo. Los más importantes se dedicaron a crearle dificultades y jamás contó plenamente con Cartago.

Sobre esa montonera se cernía el genio y la transformaba hasta convertirla en instrumento militar perfecto. El involucramiento de Carnas fue posible por la confianza absoluta que Aníbal tenía en sus soldados. Empezar el combate con el retroceso de su principal cuerpo de batalla frente a las temibles legiones, sería suicidio con tropas de menor categoría, que se habrían dejado cortar o entregado al pánico, convirtiendo el cerco en catástrofe. Pero Aníbal sabía que esos soldados sin patria le obedecían ciegamente y que la orden de suspender la retirada y contraatacar se cumpliría con precisión absoluta. Sus mercenarios hacían lo que él les pedía y Aníbal sabía pedir todo y solo lo que puede pedir el genio.

Pero la dirección genial es apenas una parte de la guerra. Por encima están los pueblos que guerrean. Detrás de Aníbal no había pueblo guerreando. Y el ejército de sus campañas no era el de Cartago, sino su propio ejército, el ejército personal de Aníbal. Diezmados por continuas luchas, sus veteranos fueron en la derrota de Zama una minoría que no pudo contener la marea. Detrás de ellos no había la patria en pie, con que contar. Scipión y Fabio después del desastre de Cannas.

En cambio, ¿qué era Roma? ¿En qué consistía su ejército?

Roma fue siempre hasta que cayó abrumada por los siglos, la nación, la patria, la unidad espiritual y sentimental, el todo compuesto por partes interdependientes, relacionadas entre sí y conectadas por ideales comunes. El villorrio del Tíber creció por medio de la conquista pero conquistó para asimilar, para prohiar, hasta el punto de que sus últimos emperadores vinieron de los confines todos del imperio. Roma creó un sentimiento tal de unidad, de identidad dignificante que el más inteligente de los judíos, no obstante vivir absorto en formidable tarea de creación religiosa y haber contemplado cosas que la palabra humana no puede definir, exclamaba con orgullo: soy ciudadano romano.

Una patria no puede ser la factoría, el comisariato, la bodega cartaginesa. Una patria es, en cierto modo un sufrimiento continuo redimido y sostenido por una esperanza perenne. El patriota sufre por lo que sufrieron sus antepasados y por los problemas, las angustias, las frustraciones de su patria en su propia vida. Y sufre también por sus hijos y sus nietos. Vive en trance de dolor por los males que afligen a la patria y por los bienes que no logra alcanzarle, pero vive sostenido por una esperanza que no decae y persuadido de que al lado de su esfuerzo hay millones de esfuerzos paralelos encaminados al mismo fin. Se siente solidario del pasado, del futuro y sobre todo del presente, en forma tal que justifica todos los sacrificios. El heroísmo es, en esa forma, un acto de convivencia.

Roma fue esa patria. Su imperio no fue hijo del genio sino de la admirable continuidad histórica del pueblo romano. La línea del esfuerzo patriótico corrió sin interrumpirse desde los soldados medio mitológicos de Rómulo

hasta los legionarios que contemplaron en los campos Catalaúnicos la última gran victoria del Lacio. Y fue tal el sentido de patria, que muerta Roma como entidad política supervivió en el respeto de sus vencedores y en el Sacro Imperio, y sirvió de base al prestigio internacional del papado y de cemento aglutinante a la civilización occidental.

Su ejército fue digno de tal patria. Un ejército de ciudadanos, que prestaban el servicio militar como tales, se enorgullecían de prestarlo, aceptaban la disciplina como función patriótica y veían en sus generales verdaderos magistrados, investidos de la autoridad del pueblo. Un ejército que duró tanto como duró la patria, resistió tanto como ella, fue capaz de resistir y no se desmoralizó mientras supo que detrás de sus filas estaba la moral pública de la nación. Cartago crucificaba a sus generales derrotados, con la misma lógica con que la asamblea de accionistas de una compañía anónima destituye al gerente inhábil. Roma en cambio, cuando Varrón regresa a la urbe humillado y vencido después de comandar la hecatombe de Cannas, lo recibe con respetuosa consideración porque ese rudo romano, a pesar de su ineptitud y su torpeza no desesperó de la salud de la patria.

Claro está que el resultado final de la lucha entre esos dos conglomerados humanos tenía, que ser la derrota de Aníbal, a pesar de su genio. Triunfó en Italia no con el ejército de Cartago sino con su propio ejército, con el de Aníbal, pues él y solo él era la razón de unidad de esa banda de aventureros. Quizás la prueba más deslumbrante de la grandeza del caudillo fue haber mantenido sin dispersarse esas huestes. Es un caso único en la historia.

En Zama, frente a Scipión ya no tuvo Aníbal su ejército sino el de Cartago: los mercenarios de la factoría. Lo que aún le quedaba de sus fieles seguidores de las campañas de Italia, tuvo que emplearlo más para contener la fuga de sus tropas que para combatir a los romanos. Cuando estudiamos el plan de batalla vemos que por primera vez en su vida Aníbal abandona la iniciativa y trata tan solo de defenderse. Ya no tenía ejército, ni tenía patria. El hecho mismo de estar combatiendo en Africa le demostraba que la ambición de su vida había fracasado.

Hubo un corto período después de Cannas —tres, cuatro semanas, no sabemos exactamente cuántas— en que Cartago tuvo en sus manos el destino del Mediterráneo. Un último esfuerzo, un sacrificio nacional para enviar tropas habría inclinado la balanza. La última compañía de soldados que se lanza al ataque, esa unidad pequeña y casi insignificante, es la que suele decidir las grandes batallas. Es la paja que quebranta la espada del camello. Pero en sus planes providenciales, Dios no permitió que Cartago lo comprendiera.

De estos breves comentarios podemos deducir la verdad de lo que atrás afirmamos: el ejército es una función social de la patria y no puede ser más ni menos de lo que esta sea. En un país ordenado, progresista, respetuoso de la ley, afincado sólidamente en ella, el ejército es un cuerpo de patriotas, investidos de la misión sacrosanta de defender el tesoro de las instituciones aún con el sacrificio de la vida. Es la república en armas, la patria en trance permanente de abnegación. Pero si la moral pública se derrumba, si el pueblo pierde el respeto a las leyes, si el lucro, el egoísmo, el

placer sin freno y la violencia se convierten en norma de vida, el ejército nacional toma el mismo rumbo. Inspirados por el ideal de la libertad, conducidos por Bolívar y Sucre los paisanos de Colombia son los infantes de Ayacucho y los que en horas negras salvaron la república bajo la inspiración de Ospina. Conducidos por bandidos, son los asesinos del Quindío.

Los pretorianos de Nerón eran nietos de los veteranos de César. Roma había cambiado.

Expulsado de su patria y cuando vagaba por Grecia, ofreciendo a los degenerados sucesores de Alejandro una ayuda que habría cambiado el curso de la historia, la de su genio, derrotado es cierto pero lleno de aquella majestad personal que no lo abandonó nunca y sus mismos adversarios reconocieron, se encontró un día con

Scipión, su adversario pero también su amigo, pues los dos héroes se admiraban mutuamente. En el diálogo discutieron sobre los mayores genios militares que para Aníbal habían sido Alejandro y Pirro. Con cierta malicia, que Aníbal desvió elegantemente, el romano quiso llevar el diálogo a la apreciación de sus propias personas. Sin duda, habiendo vencido al cartaginés, Scipión se consideraba el mejor de todos.

Aníbal debió sonreír en su interior. Conocedor de su propia valía que hizo escribir a un historiador romano: "todo cuanto durante esos cuarenta años ocurrió en la cuenca del Mediterráneo tiene un solo nombre, Aníbal", sabía muy bien que Scipión no lo había derrotado nunca. Ni Scipión ni hombre alguno. A Cartago la había derrotado Roma; a la grandeza de Aníbal la pequeñez de su patria.

"Delante del peligro Anibal demostraba el más grande arrojo y para vencerlo, la mayor prudencia. Ni su cuerpo ni su espíritu parecían resentirse de las fatigas; resistía, sin apariencias de molestia, el calor y el frío. Comía y bebía solo para sostener el cuerpo. Podía dormir o estar despierto a todas horas; descansaba cuando tenía un momento libre, pero sin necesidad de lecho ni de quietud a su alrededor. Sus soldados le veían a menudo dormir en el suelo envuelto en su capote, cerca de los centinelas y en los puestos avanzados. No llevaba vestido especial, solo se le distinguía por sus hermosos caballos y sus armas excelentes. Era el primer jinete del ejército y el mejor infante, el primero en el ataque y el último en la retirada."

Tito Livio